

Román Álvarez Rodríguez
*Origen y evolución de la novela
 histórica inglesa*

Ediciones Universidad de Salamanca
 Salamanca 1983. (180 páginas).

Una de las primeras tareas que debe enfrentar el estudioso que se acerca a la novela histórica con una perspectiva globalizadora, es decir, genérica, consiste desde luego en decidir si tal existe, si se puede globalizar con rigor en una cuestión tan compleja y discutida. En otras palabras: si es posible, en último término, hablar de la novela histórica como «grupo» específico, distintivo y homogéneo. Los críticos e historiadores de la literatura que han dedicado su atención a este problema no han acabado de ponerse de acuerdo: sus criterios son dispares en el punto de partida y, desde luego, en las conclusiones. Por una parte, nos encontramos con los escépticos, que niegan la validez a esta categoría; en el extremo opuesto tropezamos con otros muchos que consideran que «la perspectiva histórica resulta imprescindible a la hora de tratar cualquier tema —incluso el de mayor actualidad— en la obra literaria».

Entre los dos extremos se debate toda una amplia gama de matizaciones que circulan, en general, en torno al concepto de héroe, como aglutinador del concepto de histórico. Así, bien podemos hablar, concluye el autor de esta obra, de «subgénero», aunque sea apoyando la propia experiencia en la de teorizadores tan dispares como Wellek y Warren, por un lado, y Lucáks, por otro. Desechando el argumento de autoridad como valoración definitiva, sin embargo, parece que las posibilidades de fijar una actitud y unos criterios tendrán mucho que ver con las conclusiones a que el estudio del campo permita llegar al investigador, en relación con dos aspectos fundamentales del problema: el origen de un amplio grupo de obras literarias que surgen a fines del siglo XVIII y a las que en la crítica anglosajona se describe como «novelas góticas», primera fa-

se del subgénero que es objeto de análisis; y la evolución y desarrollo que su protagonista sufre a lo largo de dos siglos y a través de una serie de pasos escalonados que se producen en la creación de obras relacionadas con este campo.

A estos dos problemas dedica su atención el profesor de la Universidad de Salamanca, Román Álvarez, en el clarificador, riguroso y concentrado análisis que sigue. En la primera parte de su estudio examina la llamada «novela gótica», crónica fantástica de una realidad deformada por un idealismo «sui generis»: su héroe de características míticas, se enfrenta a un antagonista, quizá más representativo que el propio protagonista, en la medida en que se trata de una figura de ficción consecuencia de un ideal estético. En efecto, el malvado de la novela gótica es un ser demoníaco, absoluto, omnipotente y fantástico, que al ir desligándose paulatinamente de la realidad, en función de todas esas características apuntadas, o parte de ellas, acaba perdiendo fuerza y verosimilitud. Este héroe es, desde luego, parte de una cadena, iniciándose con el héroe clásico mítico, se transformará en el burgués de la novela inglesa del XVIII, para derivar hacia el romántico de naturaleza revolucionaria, y acabar en lo que algunos críticos han considerado «la desaparición del héroe y del canalla en la novela moderna».

Román Álvarez puntualiza aquí, con verdadero acierto y con inteligente percepción crítica: no es que el héroe (o el villano) desaparezca; lo que ocurre, en realidad, es que se disuelve y se transforma en una comunidad. Y un primer paso de ese proceso, solapado con otros no excluyentes de la historia de la literatura, lo constituye, sin duda, la novela histórica de Sir Walter Scott.

Así se pasa en la segunda parte al estudio de esta transición, «del idealismo gótico a la novela histórica de Sir Walter Scott», que con una visión dialéctica de la historia, inicia el desarrollo consiguiente del héroe colectivo. Por medio de la dis-

cusión pormenorizada, apoyada con todo rigor y poder de convicción, de la presencia de la Historia en las novelas de Scott, de su valor y del papel que desempeña en la mediatización de las vidas y las conductas de sus personajes, se llega con fluidez casi silogística a la descripción de un concepto «democrático» del héroe. Scott rechazaba la concepción de la Historia según la cual los grandes hombres ocupan un lugar preeminente en ella y se erigen en centro absoluto de los acontecimientos (que poco más tarde sintetizaría Thomas Carlyle en su *On Heroes, Hero-Worship and the Heroic in History*, adoptando la actitud opuesta). Para Scott es la colectividad la que preside la historia. A lo que no llegaría, porque no pudo nunca negar que, en definitiva, era hijo de su tiempo, sería a sacar las consecuencias sociales que de tal planteamiento parecen derivarse casi espontáneamente.

Esa sería, como se nos dice en la tercera parte, la misión de la literatura cartista, cuyos aspectos de propaganda, sentido didáctico y en ocasiones, panfletarismo político, hacen descender su valoración cualitativa, aunque sus innovaciones formales en el uso de la narración histórica no se pueden en modo alguno minimizar. Los cartistas son, en definitiva, los que, con una visión de la Historia no muy diferente de la de Scott, aunque rechazarán su producción literaria como insatisfactoria y cobarde, consagran en sus obras al héroe colectivo, expresión de las revoluciones populares de la historia europea. Junto al valor sociológico-documental y al interés histórico que encierran estas obras, se ha de reconocer que, de alguna manera, también enriquecen «la conciencia histórica» con su compromiso y potencian «la relación del pasado con el presente, incorporando a esta dialéctica acontecimientos de la Historia más inmediata junto con los momentos más significativos de la Historia universal».

Y en el siglo XX, finalmente, la evolución es ya completa, según se nos dice a través del excelente análisis que se rea-

liza de la obra de Jack Lindsay, que ha incorporado a sus planteamientos literarios, históricos e ideológicos toda la enseñanza que sus antecesores le brindan. De la actitud de colectividades como la de *The Great Oak*, que mantiene sin rodeos que «the law and order of the people is not that of the landlords», se deduce que el héroe ha llegado a la última fase de su desarrollo y se ha hecho no solo colectivo, sino también revolucionario. Lindsay y su importante obra, publicada casi toda ella durante los años treinta, se apoderan de la atención del autor de *Origen y evolución de la novela histórica inglesa* casi enseñuida: se dedica así, a partir de ahora al estudio específico de la misma. Lindsay, desde un profundo respeto hacia la Historia, de la que es buen conocedor, se acerca al quehacer novelístico, y más en concreto, a la producción de novelas históricas, desde la perspectiva de compromiso personal: consciente de los conflictos básicos en que se debate la sociedad actual, plantea la utilidad de este tipo de literatura como instrumento para la consecución de un futuro socialmente más justo.

Sirve como conclusión y, de alguna manera, como síntesis de las realizaciones de este novelista el estudio que se dedica a su obra *Men of Forty-Eight*, «en la que se nos ofrece ya la plena expresión de la energía del pueblo, plasmada en un proceso dinámico y transformador». No predica Lindsay, pues sabe, como hombre de literatura por encima de todo, los riesgos que para el creador supone tal actitud. Pero de su creación surge espontáneamente su profundo convencimiento en el sentido de que «las fuerzas que conducen hacia la libertad brotan de lo más profundo del corazón del pueblo».

Una excelente selección bibliográfica completa las virtudes de esta obra que, en mi opinión, constituye una completa, equilibrada e informativa introducción a un sector de la literatura inglesa de gran interés y de un evidente atractivo para el lector.

Javier Coy